

PSIQUIS

Suele ser tradición dentro de mi familia dar cobijo y alimento a un mendigo el día anterior a Navidad. De esta forma, si bien no aliviarnos el sufrimiento del mundo por lo menos intentamos aliviar el sufrimiento de una persona un día al año. Muchas veces me he preguntado si realmente esta conducta es buena o no, si al mendigo le sirve de algo, salvo para echar de menos un estilo de vida que le está negado, o si únicamente sirve para limpiar nuestras conciencias y poder llamarnos buenos cristianos.

Corría el año 1895 cuando, siguiendo las buenas costumbres, salimos mi padre y yo, que por aquel entonces tenía unos doce años, a la calle el día anterior a Navidad en busca de un mendigo en quien poder obrar una buena acción. Hacía unas dos semanas una pordiosera se había instalado dos calles más abajo de nuestro lugar de residencia. Se lo hice notar a mi padre y nuestros pasos se encaminaron hacia su casa, si es que se puede llamar casa a dos mantas sucias, roídas, tiradas en el suelo.

- Buenos días - le dijo mi padre.

Unos ojos brillantes nos miraron por debajo de una maraña de pelo negro. Sorprendida de que le dirigieran la palabra educadamente en lugar de los habituales improperios, guardó silencio.

- Si usted quiere - continuó mi padre - podemos invitarla a pasar el día con nuestra familia. Le garantizamos habrá suficiente comida para saciar a un regimiento y recibirá todo tipo de atenciones y cortesías por todos los miembros de mi familia.

La mendiga escuchaba atentamente, sin moverse. Parecía meditar sobre si el ofrecimiento que le hacíamos iría en serio o si sería una cruel broma. Transcurridos unos instantes, se decidió a hablar, y lo hizo de esta forma:

- Hijo mío, por tonta he rechazado muchas cosas en la vida, conduciéndome a este estado en que me encuentro. No quiera Dios rechacé tu invitación, que tan cortes y educadamente me haces.

Mientras hablaba cogió su bastón y apoyándose en él, tras mucho esfuerzo, consiguió levantarse. Mi padre le ofreció galantemente el brazo para que se apoyara y pudiéramos emprender el camino. La mujer, agarrándolo, caminó lentamente, cojeando del pie derecho, el trecho que nos separaba de su casa a la nuestra. Mi madre, nada más vernos llegar, llamó a las criadas para que atendieran a nuestro huésped. Lo primero sería bañarla para poder averiguar si la mendiga era blanca, como creíamos, o negra como aparentaba. El servicio, mirando con desdén a nuestra invitada, llevó a cabo con perfecta educación, pues sabían que de no hacerlo se enfrentarían con el enfado de mi madre, la tarea encomendada.

¡Qué sorpresa cuando nuestros ojos contemplaron a la mujer limpia y bien vestida! Sus rasgos nobles, dejaban ver a una mujer que en tiempos debió ser muy bella. Se movía como quien está acostumbrado a mandar. Al sentarse a la mesa mostró una gran educación. Durante toda la comida habló animadamente de diversos temas, poseía grandes conocimientos de pintura, de música, de literatura. Según comentó hablaba varios idiomas, cosa corroborada cuando mi padre mantuvo una pequeña conversación con ella en alguno de los idiomas que decía dominaba. Todos nos encontrábamos fascinados por cómo semejante persona había llegado al estado en que se encontraba, hasta tal punto, que llegando a los postres una única idea rondaba mi cabeza: ¿cómo, persona tan culta, había llegado a semejante situación? La pregunta me atormentaba pero como se comprenderá no me atrevía a hacerla. Si bien todavía era muy niño, me daba cuenta de que se trataba de una pregunta prohibida. Sería una falta total de delicadeza con nuestra invitada.

- Quieres preguntarme algo, ¿verdad? - me preguntó mientras clavaba su mirada en la mía.

Yo no me atrevía a decir nada temiendo la reprimenda de mi padre por la falta de tacto. Como si leyera mi pensamiento la mujer continuó:

- ¿Por qué, una persona con mi cultura, ha podido llegar a la situación en que me encuentro? ¿Por qué mendigo por las calles? No es algo que deba mantener en secreto, pues ha sido mi estupidez la que me ha conducido a mi actual situación, e incluso mi historia pueda servirte de algo. En agradecimiento a lo bien que me estáis tratando os la voy a contar, si bien os advierto que se trata de una historia triste, donde el final ya lo conocéis: la protagonista acaba mendigando por las calles. La que tuvo todo, ahora no tiene nada.

Aquí se paró unos instantes. Como se puede comprender, un silencio fue seguido a su parrafada. Todos estábamos intrigados por la historia de la mujer. Nadie decía nada, esperando a que comenzará. La mendiga, después de ordenar sus ideas, prosiguió de la siguiente forma:

>> Mi infancia fue dulce y agradable. Un tutor venía todos los días para instruirme en todas aquellas artes que se supone una dama debe dominar para poder ser una buena esposa. Según dicen, el contraste entre mi pelo negro, mis ojos verdosos y mi piel blanca, unido a mi natural dulzura me convertían en la niña más admirable de toda la región. Y no perdí belleza cuando llegué a la adolescencia, ni mucho menos, antes bien la gané.

>> De todas las artes que cultivaba, la que más me atraía era la de la lectura. Leía, más bien devoraba, todo aquello que cayera en mis manos. A escondidas leía los libros de filosofía que mi padre tenía escondidos pues consideraba que una dama no necesitaba, y no debía, conocer esas cosas. Poseíamos una gran biblioteca de más de mil tomos, de los cuales, hice uso en menos de un año. Era como una droga. Cuanto más leía más quería. Al acabar con nuestra biblioteca comencé a frecuentar las casas de mis amigas en busca de más material. Mi afición por los libros no era desconocida y mis padres cuando querían castigarme de verdad lo hacían prohibiéndome leer. ¡Qué suplicios he vivido contando los minutos del reloj esperando que venciera el castigo! La lectura se convirtió en el aire que me daba la vida, era como la luz del sol para las plantas o la sangre para los vampiros: la necesitaba para poder continuar con mi existencia. Sin ella no habría sabido qué hacer.

>> Yo sabía dónde escondía mi padre los libros que consideraba malditos, y que bajo ningún concepto podría yo leer. Al considerar los libros como algo sagrado, mi padre no se atrevía a destruirlos a pesar de tenerlos por libros sacrílegos. La sensación de placer cada vez que aparecía un libro nuevo de este tipo, que le habrían dado a mi padre y que después de leer, o incluso ni siquiera hacerlo, lo había relegado al cajón de los innombrables, es indescriptible. A mi gusto natural por la lectura se le unía la sensación agradable de saber estar haciendo algo prohibido. Y es que lo prohibido tiene un atractivo tan grande...

>> Ahora, mirando hacia atrás, lamentó mucho mi conducta. Nunca tenía que haber leído esos libros que desechaba mi padre. Si lo hacía era por algo. Tenía que haberme dado cuenta, pero mi estupidez siempre ha sido muy grande. Si hubiera sabido las consecuencias que traería la lectura de aquel libro... si hubiera sabido cómo afectaría a mi carácter... si hubiera sabido... Pero somos tan brutos que hasta que no nos hemos caído nosotros mismos no nos damos cuenta del error. Mi padre quería avisarme del bache que había en la calzada, que no fuera por ahí pues me podía caer, pero yo, tan lista como me creía, pensaba ser

capaz de esquivar cualquier cosa que encontrase. No me conocía, ahora lo sé, pero ahora ya es demasiado tarde.

>> Entre los libros malditos encontré uno titulado *Psiquis*. Intrigada sobre el tema lo abrí. Tenía unas doscientas hojas. Lo leí de un tirón. Tan absorta me encontraba en su lectura que me olvidé de dormir y de comer. Creo que mi madre subía de vez en cuando para instarme a bajar, pero no recuerdo bien. Solo recuerdo el libro. Era fascinante. Me mostraba un mundo totalmente desconocido para mí: el mundo de los vampiros psíquicos. Yo había oído hablar de los vampiros, esos que se dedican a chupar la sangre, e incluso había leído cosas sobre ellos, pero nunca me habían llamado mucho la atención. Pero este otro tipo de vampiros era fascinante. La novela contaba la historia de un vampiro psíquico, de cómo iba dominando a sus víctimas con su mente y cómo jugaba con ellas. Les hacía cambiar de estado de ánimo a su conveniencia, podía hacer que estuvieran alegres, tristes, apáticos... Los dominaba por completo. Eran sus esclavos, sólo vivían para su vampiro y harían cualquier cosa por él. Porque un vampiro psíquico, por si no lo saben, es aquel que en lugar de morder físicamente muerde espiritualmente, estableciendo un vínculo de dominación con su víctima, la cual, ni siquiera se da cuenta de lo que ocurre.

>> Me maravillaba las cosas que podría hacer si tuviese esa capacidad. Dominaría a las personas, las podría manipular a mi antojo, me darían todo lo que yo quisiera sin necesidad de pedírselo, con una mirada mía bastaría para tenerlos a mis pies. Sería fantástico. Eufórica, decidí convertirme en una vampira psíquica. La naturaleza me había dotado de gran belleza física y eso me ayudaría para capturar a mis víctimas. Antes de intentar morder a nadie, tenía que investigar más sobre el tema. No hay mucho escrito sobre ello, pero, tras mucho buscar, pude encontrar varias cosas. Me formé, meditando diversas formas de atacar a mis víctimas. Cuando me creí preparada comencé con mi juego.

>> La mejor línea de ataque, pensé, sería atacarles directamente al corazón. Por ello me centraría únicamente en hombres, dejando a las mujeres fuera de mi alcance. A ellos, los atraería inicialmente con mi físico, una mirada perdida, una insinuación. Si bien era yo quien dictara los pasos del baile, serían ellos los que tendrían que darlos, de esta forma, si en alguna ocasión se me iba la situación de las manos podría dejar de volver a verle indicándole que yo nunca había querido nada con él y que se lo había dejado claro desde el principio. Y eso sería precisamente lo que haría. Me insinuaría, generando tantos equívocos, que el chico pensara tener oportunidades conmigo. Esperaría a que se declarase y cuando lo hiciese le diría que no, y que al haberse declarado tendríamos que romper nuestra amistad. Que después de sus palabras nuestra relación no podría seguir puesto que no quería verle sufrir. Todo esto no sería más que una farsa por mi parte. Claro que quería continuar la relación, pero en donde yo fuera quien dictara y él se limitase a obedecer. Yo sería su vampira y él mi víctima. Sabía, que después de decirle eso, el amor que el chico sentía por mí le obligaría a continuar viéndome. Pero ante mis palabras, se vería obligado a decirme que nunca más me volvería a hablar de amor, pero que le dejara continuar con nuestra amistad. El joven mantendría la secreta esperanza de hacerme cambiar y yo fomentaría esa idea. Pero como lo había dejado claro que solo quería amistad, si alguna vez que yo me insinuara para seguir manteniendo su amor vivo, intentase algo más que una relación de ama-esclavo le recordaría sus palabras: que nunca más me volvería a hablar de amor. De esta forma mantendría controladas a mis víctimas.

>> Esta iba a ser mi línea de actuación. Iría enamorando a chicos, obligándoles a esperar, esperar un cambio en mis sentimientos por ellos que nunca llegaría. Me tratarían como a su novia, dándome todo

tipo de caprichos, tratándome como a una reina y no recibirían nada a cambio, sino equívocos por mi parte. Ahora reconozco que mis pensamientos eran crueles pues pensaba jugar con el corazón de las personas. Sin embargo, como se verá dentro de un rato, he pagado con creces la estupidez de mi comportamiento. Por jugar, lo perdí todo salvo la memoria y, por Dios, que lamento poseer tan buena memoria. No hay ni una noche que no me vaya a dormir recordando mi idiotez. Nunca juguéis con los corazones de las personas pues al final todo el mal que hagáis os será devuelto con creces.

>> Como iba a cumplir en un mes los dieciocho años opté por esperar a mi presentación en sociedad para comenzar mis experiencias vampíricas. ¡Con qué placer contaba los días que faltaban para mi iniciación! Sentía escalofríos por la espalda sólo de pensarlo. Conquistaría a los jóvenes de mejor posición, a los más guapos. Sería la envidia del resto de las muchachas. Usaría mis artes psíquicas para tener un harem y sin embargo, permanecería pura de cuerpo. Ninguno me tocaría. Yo no buscaba una relación, yo sólo quería víctimas. Eso era lo único que anhelaba. Saborear mi dominio, mi control sobre ellos, disfrutar con su sumisión, doblegarlos con mi mirada, poderlos utilizar a mi antojo. Serían objetos en mis manos. Sentirme amada por muchos y no amar a ninguno. Esa era mi finalidad. Mi instinto de cazadora se había despertado.

>> Y el día tan soñado por fin llegó. Fue una fiesta por todo lo grande. No se escatimó en nada. Unas doscientas personas acudirían, todas de gran posición social. Antes de dar ningún paso me dediqué a observar a los jóvenes asistentes. Me llamó la atención uno moreno, de pelo lacio largo, vestido con un traje blanco. Era muy guapo. Sería mi primera víctima. Mal esta que yo lo diga, pero una mirada mía bastó para conquistarlo. Sinceramente, cayó demasiado pronto. Coqueteé con él durante un rato, me invitó a salir, estuvimos paseando. Quedamos para el día siguiente y ya se me declaró. Demasiado fácil. Yo había esperado que tardarán más en decidirse. Con todo puse en práctica mi plan. Ante su declaración le contesté:

>> - Lo siento, pero yo no sé si lo que siento por ti es amistad o algo más.

>> Claramente yo no sentía nada, pero si se lo hubiera dicho se habría ido, perdiendo yo a mi víctima y ese precisamente no era mi objetivo. Tenía que rechazarlo de forma ambigua de forma que él creyese que tenía posibilidades. De esta forma me trataría como si fuera su novia, teniendo yo las ventajas de serlo y las ventajas de no serlo. Podría disfrutar de ambas cosas.

>> Recuerdo con gran placer los meses siguientes. Los jóvenes no dudaban en caer rendidos a mis pies ante la mirada de mis ojos y la dulzura de mis maneras. Resultaba demasiado sencillo. Como muy tarde en la cuarta cita se declaraban. Estaba hecha toda una vampira titulada. Jugaba con ellos como el gato juega con el ratón. Solía quedar a la vez con tres o cuatro chicos, (por supuesto, siempre a solas con cada uno de ellos) y a unos les hablaba de los otros. Era muy gracioso ver lo celosos que se ponían y cómo competían por ser los más agradables. Me trataban como a una reina. No importaba si realmente se habían enamorado o si era un capricho pasajero, no importaba si lo pasaban mal realmente por culpa de los celos, o cuando, cansado de ellos, los abandonaba diciéndoles que su comportamiento dejaba mucho que desear no volviendo a verlos. A quién le importaba si ellos sufrían o no, para mí todo no era más que un simple juego. Pero parece ser ley de vida que todo lo que se siembra se debe recoger. Al final, acabamos pagando siempre por nuestros pecados. Si eres cruel, el destino se cebará contigo. Y eso fue lo que ocurrió.

>> Transcurrido un año del inicio de mis actividades vampírescas, cuando ya creía haber ganado el título de vampira psíquica con honores, apareció en mi vida Segismundo. La primera vez que lo vi, a la entrada de un salón, con el sombrero en la mano, mi corazón pareció detenerse. Sentí un pinchazo en el pecho, como si de un manto se tratase una oleada de calor recorrió todo mi cuerpo, acogiéndome en su seno. Fue al sentir su mirada. Confieso que al principio la sensación me turbó, pero inmediatamente la deseché al olvido concentrándome en la que sería mi nueva víctima.

>> Ni siquiera tuve que emplearme a fondo. Él, al verme, se quedó parado como petrificado, ignorando las palabras de bienvenida con las que el anfitrión bendecía a los recién llegados. Después de inclinar la cabeza en señal de saludo, saltándose todos los convencionalismos de la época, se acercó para hablarme. Su conversación supongo sería agradable. No lo recuerdo, solo recuerdo cómo me palpitaba el corazón en su presencia. Estaba turbada pero no permití que se me notará. Era una sensación nueva para mí, completamente desconocida. Pero eso no importaba para que la vampira comenzará a actuar. Fue fácil. No opuso ninguna resistencia a mis encantos, antes bien, daba la impresión de lanzarse gustoso de cabeza a los brazos de un amor que yo, como siempre, haría imposible.

>> ¿Cómo se me declaró? ¿Cuándo? No lo recuerdo. Sólo me acuerdo de estar sentados en un parque hablando tranquilamente. La tarde estaba preciosa, me encontraba muy a gusto. Me relajé como solía hacer siempre en presencia de mis víctimas para que se pensarán que me tenían a sus pies, adquiriendo una posición insinuante. Él me cogió una mano con las suyas y mirándome a los ojos me habló de amor. Palabras tiernas fueron las suyas, palabras llenas de dulzura, de cariño, de pasión. Él, a pesar de ser diez años mayor que yo, nunca antes había amado. Su corazón puro se doblegó ante mis encantos. Mientras susurraba a mi oído sus sentimientos, alabando mi atractivo, cantando las delicias de sentirse enamorado, confieso que mis pensamientos por un momento cedieron, volando a un mundo de pasión para mí hasta ese día insospechado. Sus cálidas palabras me llenaron de emoción, sentía como si las hubiera estado esperando toda la vida. Yo, al igual que él, era pura de corazón. Nunca había amado. Desde el primer momento que lo viera me había sentido suya, pero rechazaba con furia ese pensamiento considerándolo no digno de una vampira. Sin embargo, mi corazón pensaba por si mismo, apenas si conseguía controlarlo.

>> El hábito es mal consejero y la soberbia peor. Mi mente de vampira engañó a mis sentimientos diciéndoles que el desasosiego que sentía procedía de la sensación de poseer a otra víctima más. El instinto de caza se impuso a mi corazón y como hiciera con tantos otros, lo rechacé de forma ambigua, para que siguiera amándome y me tratará como a su pareja pero me diera la libertad que se da a una amiga a la que no une más que el vínculo de la amistad. Momento triste aquel en que mis palabras surgieron de mi boca. Muchas veces me he preguntado por qué no callaría, y mirándole a los ojos consintiera en concederle mi amor. ¿Fue por soberbia, por estupidez, o fue quizás la condena que el destino me tenía reservado por haberme convertido en una vampira cruel y sin sentimientos? No lo sé, pero lo he lamentado.

>> En verdad Segismundo nunca antes había amado. Era puro de corazón. El vínculo que se forjó entre nuestros corazones en el momento en que nos encontráramos por primera vez era real y muy fuerte. Él, ante mi rechazo, se limitó a callar convirtiéndose en mi mejor amigo. Yo, acostumbrada a manipular a la gente, lo utilizaba en todo lo que me placía. Se daba cuenta, pero no se quejaba. Me consentía cualquier

cosa. Era su niña mimada. Nunca más me volvió a hablar de amor, ni una sola palabra volvió a salir de su boca. De vez en cuando me acariciaba, y me miraba. Sus ojos hablaban por él. No ocultaba sus pensamientos, pero no decía nada. Él, como yo, seguía enamorado. Porque sí, poco a poco, me vi obligada a reconocer que le amaba locamente. Aunque mi corazón se encendía con sus caricias y mi espíritu se embriagaba con su presencia, no permitía que notará lo más mínimo. No era mi estilo. No permitiría que él viera mis sentimientos. Yo era su dueña, y él mi esclavo. Y este fue mi segundo gran error. El primero fue no aceptar su amor, cuando quería hacerlo, mientras que el segundo, no dejarle ver mis sentimientos. Supongo que fui una estúpida.

>> Mientras tanto, yo proseguía con mis actividades vampíricas, cazando a todo joven que se pusiera en mi camino. Él, no decía nada, pero en sus ojos poco a poco pude ver cómo fue apareciendo el resentimiento. Sus ojos recriminaban mi actitud. Me consideraba cruel al ir enamorando a chicos con los que no quería nada. Lentamente, fui sintiendo cómo se iba separando de mí. Al principio insistía en verme continuamente, deseaba con locura estar a mi lado. Después, y a pesar de que sus ojos ardían de pasión por mí, dejó de insistir hasta tal punto que para verle era yo quien tenía que insinuar la siguiente cita.

>> Sentía mucho su alejamiento. Le quería y cada vez más. Pero yo nunca se lo diría. Yo, una vampira psíquica, dueña de muchos corazones, ¿doblegarme ante una de mis víctimas declarándole mi amor? Eso nunca. ¡Estúpida soberbia! Porque sabía que él nunca volvería a hablar de amor. Había sido rechazado una vez y no quería molestarme con su insistencia. Sus ojos me lo decían. En una ocasión, me insinué al máximo, intentando provocar de nuevo su declaración que aceptaría al instante. Hubo caricias por ambas partes, pero cuando ya parecía estar más cerca pude leer en sus ojos el miedo a molestarme, el miedo a ser rechazado, el miedo a perder mi amistad con su declaración. La atmósfera que había tardado más de media hora en generar desapareció instantáneamente. Pude ver claramente cómo controlaba sus sentimientos, incluso con el riesgo de desgarrarse el corazón. Yo, como siempre, no dejé entrever lo molesta que me encontraba porque no se había declarado. Quería que lo hiciera, que me tocara, quería dar rienda suelta a nuestra pasión, porque ambos nos queríamos. El destino nos había vinculado desde nuestro nacimiento, eso lo sabía, pero yo lo había estropeado. Yo, nunca me declararía. Él, tampoco.

>> Esta situación duró cosa de un año, transcurrido el cual, le trasladaron a los Estados Unidos. El día que me lo dijo pude leer claramente en sus ojos que se iba porque tristemente para él no había nada que lo retuviese allí. Que él quería quedarse por mí, pero creyendo no ser correspondido consideraba una tontería. Que una palabra mía bastaría para retenerlo, pero esa palabra nunca llegó. Yo, en lugar de retenerlo, ¡tonta de mí!, le animé para que se fuera y tuviera una carrera profesional llena de éxitos. Casi se derrumba al oír mis palabras. Mantuvo el tipo. Dos semanas después fui a despedirle. No le volvería a ver nunca más.

>> En el mismo momento en que le veía partir pude sentir cómo mi corazón se desgarraba en dos. Se iba, se alejaba de mí para siempre, nunca más lo vería. Le quería con locura y le dejaba marchar. El vínculo con el que el destino nos había unido, lo había cortado mi soberbia. Me sentí morir.

>> Desde aquel día me abandoné por completo. Todas mis víctimas se alejaron pero no me importaba. Mi mente, absorta continuamente en aquel al que tanto quería, se sumergió en un mundo ficticio lleno de fantasías. Despierta soñaba hablar con él, y cuando dormía sentía sus caricias en mi rostro lleno de

lágrimas de tanto llorar su ausencia. Dijeron que estaba loca, recluyéndome a una habitación. Desconozco si lo estaba. Pasaron los días, los meses, los años y mi estado de ánimo no mejoraba. Mis padres murieron. Su fortuna, mal gestionada, la perdí en un par de años quedándome en la calle. Desde entonces vivo de la misericordia de la gente. No me importa ser pobre, no me importa no estar cuerda, lo único que me importa es no estar junto a él. ¡Le echo tanto de menos!

Como se puede comprender la historia que nos contó la mujer nos dejó a todos sorprendidos. Pasamos el día juntos charlando de todo tipo de cosas. Mi padre, apenado por sus desgracias, la invitó a quedarse con nosotros. Ella lo rechazó.

Medio mes después su cadáver apareció debajo de un montón de nieve. Un borracho que pasaba por allí comentó a la policía haber visto salir una joven de dentro de la vieja y echar a correr en brazos de un joven mientras gritaba algo parecido a 'Segismundo, te quiero. Perdóname, vida mía'.

Autor: AMLP